

MACARIO UNKALA

...intentó abrirse camino por otro lado y entró en contacto con una Peña Taurina en la que todo el mundo discutía y construía fantásticos proyectos. Le presentaron al «Mozo del Arenque»...

Recogió el plato y dió la vuelta a la mesa:

— Por favor.

No muy alto, con más gracia de la necesaria, chaqueta blanca y un lazo negro en el cuello, Macario se afanaba en recoger los platos vacíos de aquella mesa. En el brazo izquierdo — ligeramente curvado — descansaban media docena de platos, uno encima del otro, y en la mano, otro plato vacío con siete cucharas sucias.

— Por favor.

Cogía un plato, colocaba la cuchara junto a las otras, y lo encajaba encima de las demás.

Siguió con la mesa contigua:

— Por favor, señores.

En aquella mesa hablaban de toros:

— Es un torero estoico. Se lleva a la gente, «de calle». En el propio terreno del toro le ví desarrollar valentía y garbo...

Macario se detuvo y quedó escuchando. En el comedor la algarabía era indescriptible. Circulaban apresuradamente los camareros, cargados de platos. Uno de ellos pasó junto a Macario Unkala con una gran sopera vacía y un cazo de aluminio. El, seguía escuchando.

— ¡Qué faena! — pñoderó el muchacho aquel — Aseguraba un señor muy entendido que desde los tiempos de «El Espartero» no se había visto cosa igual.

— ¿«Espartero»? — dijo Macario, con ligero tono de burla.

Los cuatro comensales se quedaron mirándole.

— ...Perdone que le interrumpa pero ésto es una herejía. En tiempos de «El Espartero» no se conocía esta clase de toreo.

— Mira, Macario — le cortó

La joven Sección de Música, de nuestra ciudad se ha atrevido a ofrecernos un concierto a cargo de un conjunto musical muy distinto de los que estamos acostumbrados; un quinteto de viento.

Y decimos que se han atrevido porque, en nuestros días, se necesita, creemos, tener valentía para saber ofrecer, de vez en cuando, algo que salga de lo corriente y normal, y enfrentarse con las dificultades de toda índole que esto debe representar.

En el salón del Centro Parroquial, se presentó por la noche del pasado domingo, el Quinteto de Viento de Barcelona.

Un concierto a cargo de un quinteto de viento es, en general, un concierto que no atrae al público; casi osaríamos decir que le asusta un poco, y esto por varios motivos. Entre ellos; la poca simpatía del público para con los instrumentos de viento; la rareza de que la gran calidad y equilibrio impere en los conjuntos musicales a base de dichos instrumentos y el número más limitado de obras, en su repertorio, que, por lo poco conocidas despiertan menor interés. Pero, todos estos frecuentes prejuicios quedaron desvanecidos completamente por la magnífica actuación de dicho Quinteto y el selecto y variado programa que nos ofreció.

El programa estaba formado por: Divertimiento de Haydn y Quinteto n.º 2 de Muller, en la primera parte; Quinteto de Beethoven, en la segunda; y Prairie Songs, de Goeb, y Tres Piezas Breves de Ibert, en la última.

En la primera obra aparece la claridad y la lozanía optimista de la música de Haydn. Los movimientos primero, tercero y cuarto son sencillamente encantadores, llenos de alegría y gracia especialmente el minuetto y el Rondó formas musicales en los que Haydn era insuperable. El segundo movimiento de este Divertimiento lo constituye el Choral San Antonio; melodioso y simple pero noble y vigoroso, este Choral

sirvió de tema a Juan Brahms para escribir sus grandiosas «Variaciones para orquesta».

Ya en esta primera parte pudimos apreciar claramente la gran calidad del conjunto instrumental que escuchamos en la noche del domingo, y nos dimos cuenta de la gran maestría de cada uno de sus componentes.

Terminó esta parte con el Quinteto n.º 2 de Muller. De autor poco frecuente en los programas más usuales, este Quinteto, cuya forma es completamente clásica, fué justamente interpretado, debiéndose destacar el segundo movimiento.

El cuarteto de Beethoven ocupaba la totalidad de la segunda parte. Esta obra del genio de Bonn es de gran riqueza de colorido y es aquí donde pudimos deleitarnos verdaderamente. De los cuatro movimientos que forman este Quinteto debemos destacar los dos Adagios, por sus dificultades de interpretación; las notas que forman las suaves e inspiradas melodías de estos dos movimientos fueron desgarradas por cada uno de los instrumentistas con gran sensibilidad y perfecta dicción.

En las dos obras de la última parte, de tendencias más modernas, los componentes del Quinteto de Viento de Barcelona demostraron también el perfecto dominio de sus instrumentos, y comunicaron el «climax» adecuado a cada uno de los diferentes movimientos: Atardecer, Danza y Mañana, de la obra de Goeb.

El público, poco numeroso, aplaudió con entusiasmo al final de cada obra premiando así la labor de este conjunto disciplinado, experto y lleno de sensibilidad que se presentó en nuestra ciudad ofreciéndonos un selecto concierto.

Correspondiendo a estos aplausos interpretaron fuera de programa un Rondó-Allegro de Haydn, pieza breve y juguetona. (LIS)

uno de ellos — Tenemos tarde y...

— Conformes — le atajó el camarero, sin inmutarse —. Yo estoy aquí para servirles y nada más. Lo sé. No es necesario que me lo adviertan. ¡Permíteme! Su plato... Pero en cuestión de toros — porfió — nadie me pasa la mano por la cara y es justo que cuando oigo comentarios desafortunados tercié en la faena. ¿Su plato?... Sigán hablando. No he dicho nada.

— Hombre. No lo tomes tan a pecho.

— Quizás dentro de unos años — dijo Macario recogiendo el último plato — presuman Vds. de haberme conocido.

Marchó hacia la cocina. Los cuatro sonrieron y encogieron los hombros.

— Buen muchacho dijo — uno de ellos.

— En tocando el tema, hombre al agua.

— Pero, ¡si ha perdido la línea!

— ¡Ah, pero subsiste la afición!

En otra mesa se hablaba de fútbol. Llevaba la voz cantante un muchacho de tez bronceada que jugaba de defensa central en un equipo de segunda fila.

— El factor hombre — afirmaba — es esencial. ¿De qué sirve la pizarra y la teoría si faltan figuras de auténtica talla?

Reapareció Macario sosteniendo entre sus brazos y manos ocho platos, cada uno de ellos con un huevo frito y salsa de tomate.

— Por favor.

Le ayudaban a desembarazarse de su carga. Su frente aparecía sudorosa. Llevaba el lazo un poco torcido.

Era la comida del mediodía y aquel Comedor Asistencial aparecía lleno de muchachos en la flor de la vida.

— Macario, ¿traerás media de vino?

— ¿Blanco o tinto? — preguntó.

— Tinto. Que sepa a Mihura.

Sonrió Macario. Se le había pasado el disgusto.

Antonio Miralles Manresa